

BT 605

M3

V. 6



Capilla Alonzo de
la Universidad de Barcelona



BARCELONA

LIBRERIA RELIGIOSA, CALLE DE VAINO, NÚMERO 20.

1888

43887

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

SEGUNDA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSION Á LOS CIELOS.

LIBRO SEXTO,

Y CUARTO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA; COMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACION; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACIA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANFIGURACION; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALEN; SU PASION Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCION DEL SALVADOR, Y SU ADMIRABLE ASCENSION Á LOS CIELOS.

CAPÍTULO XXIII.

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz, y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.

No conocieron los demonios con certeza firme que Jesús era Dios en el discurso de su vida. — Fue providencia divina especial. — Medio por donde se alucinó Lucifer. — Guardóse su desengaño para el tiempo de su vencimiento. — Excelencia inexplicable de el triunfo que obtuvo Cristo en la cruz de

009382

los demonios. — Conocimiento que tuvieron los demonios de la ruina que les amenazaba con la muerte de Cristo. — Violencia con que fueron al Calvario compelidos por virtud divina mediante el imperio de la Madre de Dios. — Obligóles María á estar inmóviles rodeados á la cruz hasta el fin de los misterios. — Opresion y tormento con que estaban. — Vióse de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer. — Invectiva contra él en este abatimiento. — Entendieron Lucifer y sus demonios los misterios de las siete palabras de Cristo en la cruz, para que triunfase el Señor con este conocimiento. — Misterios de la primera palabra que conocieron. — Despecho y ira de los demonios con este desengaño. — Misterios de la segunda palabra que conocieron. — Confusion y tormento de Lucifer con esta noticia. — Obligóle á pedir á María los arrojase al infierno. — Misterios que conocieron en la tercera palabra de la Madre de Dios, su dignidad y excelencias. — Furor de los demonios contra sí con el desengaño de cuál era la mujer que les quebraría la cabeza. — Excelencias que conocieron de san Juan y del sacerdocio de la ley de gracia. — Misterio que entendieron en la cuarta palabra. — Envidia en que se abrasaron, y quebranto que sintieron conociendo el amor de Dios á los hombres. — Misterios de la quinta palabra, y cuánto quebrantó á los demonios su inteligencia. — Misterios de la sexta palabra que les manifestaron, con que acabaron de conocer la consumacion de la redencion. — Sentencia ejecutiva que intimó á los demonios Cristo como juez, arrojándolos al fuego eterno. — Pronunció entonces Cristo la séptima palabra. — Concurso de la Madre de Dios á este triunfo. — Caida precipitada de los demonios al profundo. — Triunfo que obtuvo entonces Cristo de la muerte. — Declárase la calidad deste triunfo. — Entrada de la muerte en el mundo por el pecado de Adán, y sujecion de sus hijos á la muerte, pecado y demonio. — Como disolvió Cristo estas obras del demonio con su muerte. — Declárase como se cumplió en este triunfo la profecía de Habacuc. — Cuán debilitado quedó el demonio con la muerte de Cristo, y lo estuviera si nuestras culpas no le alentarán. — La caída de Lucifer con sus demonios al profundo, en la muerte de Cristo fue mas furiosa que la primera del cielo. — Nueva turbacion del infierno con ella. — Como se aumenta en algunas ocasiones la pena accidental de los condenados. — Nuevas penas con que atormentaron los demonios á Judas. — Plática de Lucifer á sus demonios despues de vencidos por la muerte de Cristo. — Su tormento de hallarse vencido de Cristo y su Madre. — Su ira contra el Redentor y sus redimidos. — Su rabiosa envidia de la exaltacion de la naturaleza humana. — Persuasion que tuvo Lucifer de que ningun hombre habia de ser tan ingrato á su Redentor, que no le siguiese y abrazase su doctrina. — Creyó que ningun hombre habia de ser tan malo, que se condenase á vista de las obras y doctrina de Cristo. — Lamentabase de haber ocasionado con sus trazas el ejemplo y doctrina de los hombres. — Su admiracion de la humildad de Cristo siendo Dios, y poder de su Madre siendo pura criatura. — Irrítase su soberbia á hacer nueva guerra á los hombres, y pide trazas á los demonios para ella. — Conclusion diabólica de inventar nuevos modos con que impedir los medios que Cristo habia ordenado, para el remedio de los hombres. — Arbitrio de valerse con nueva astucia de las inclinaciones y pasiones de la carne, de lo deleitable y sensible. — Repartimiento de oficios entre los demonios para su empresa. — Demonios que se encargaron de conservar la idolatría, y á

su falta fraguar las sectas y herejías. — Otros diversos modos de perder los hombres que repartieron entre sí. — Sobre todo trazaron divertir á los hombres de la memoria de la pasion de Cristo y de las postrimerías. — Dificultad que sintió Lucifer en vencer á los que profesasen la fe de Cristo. — Especiales trazas que fraguó contra ellos. — En qué medio puso la confianza de vencer los cristianos. — Duróles á los demonios esta conferencia un año. — Muestra el estado del mundo cuán poderosas han sido con los hombres estas trazas de los demonios. — Lastimoso descuido de los hombres en los peligros de tan irreparables daños. — El total conocimiento del triunfo que alcanzó Cristo en la cruz de los demonios, se reserva para el cielo. — Indignacion del demonio contra la discípula por haber escrito este capítulo, descubriendo su vencimiento y trazas. — Admiracion de que habiendo sido tan grande la debilitacion de los demonios por la muerte de Cristo, estén tan poderosos. — Terror que cobraron los demonios de tentar á los hombres con el conocimiento de las obras de Cristo. — Duró por muchos años en la primitiva Iglesia, y por qué. — Causa de la invencible fortaleza de los fieles de la Iglesia primitiva. — Por qué no se atrevian á estar en su presencia los demonios. — Lo mismo sucederia ahora, si todos los católicos siguieran el camino de la cruz de Cristo imitándole. — Medios por donde se han vuelto á sujetar los cristianos á sus enemigos. — Infelícísimo estado que tiene el mundo. — Muchos católicos ni lo acaban de conocer, ni cuidan del remedio. — Medio de evadir la infelicidad del siglo en que vivimos. — Huyen los demonios de los que con agradecimiento meditan la pasion de Cristo.

1412. Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden á otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado ó insinuado. Uno de ellos es, que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida ó milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocian la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la providencia de la divina Sabiduría, para que mas convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnacion y Redencion del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabia que Dios tomara carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnacion: y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado; ya afirmando que Cristo era Dios, por los milagros que hacia, ya negándolo, porque le veia pobre, humillado, afligido y fatigado. Deslumbrándose el dragon con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas ó inquisicion hasta la hora determinada de la cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo habia de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasion y muerte que á su humanidad santísima le habia procurado.

1413. Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo; porque fue espiritual y oculto á los sentidos, con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos á otros, como hacen los Angeles con aquella simple locucion y vista con que se entienden, que tal como esta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustracion de la fe, mas que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho ¹ como Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros; porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba á oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron (permitiéndolo así el Señor) que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habian maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse, y no asistir mas á los judíos y ministros de justicia, como lo habian hecho hasta aquella hora. Mas el poder divino los detuvo y encadenó como á dragones ferocísimos, compeliéndoles, por medio del imperio de María santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo á Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se dió á la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo santísimo los sujetase y argollase. Y aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga, y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenía, y obligaba á llegar al Calvario y rodearse á la cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres, y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y tormento que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarse á las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado, y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algun abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios mas crueles que dragones. Allí se vió de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer, y desvanecidos sus pensamientos altivos de levan-

¹ Supr. n. 1364.

tar su silla sobre las estrellas del cielo ¹, y beberse las aguas puras del Jordan ². ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar á todo el orbe! ¡qué abatido y confuso el que á tantas almas ha engañado con promesas falsas ó amenazas! ¡qué turbado estaba el infeliz Aman á la vista del patíbulo donde procuró poner á su enemigo Mardoqueo ³! ¡qué ignominia recibió cuando vió á la verdadera Esther ⁴ María santísima, que pedía el rescate de su pueblo, y al traidor le derribasen de su antigua grandeza, y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judith ⁵. Allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré (ó Lucifer) que tu soberbia y arrogancia es mas que tus fuerzas ⁶. En vez de resplandores te visten ya gusanos ⁷. Ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que herías á las gentes, estás herido mas que todas, atado y oprimido. Ya no temeré tus fingidas amenazas: no escucharé tus dolos; porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno.

1416. Ya era tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque habia de ser con el desengaño, y no le habia de valer á este venenoso áspid taparse los oídos ⁸ al encantador, comenzó el Señor á hablar en la cruz las siete palabras, dando permiso á Lucifer y sus demonios, para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia queria su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto á todo el linaje humano. Pronunció su Majestad la primera palabra ⁹: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el eterno Padre, y que era su Hijo natural, y verdadero Dios con él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida á la divinidad admitía la muerte de su propia voluntad para redimir á todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados á los hijos de Adán que se valieran de su redención, y la aplicaran para su remedio, sin exceptuar á los mismos reos que le crucificaban. De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosa-

¹ Isai. xiv, 13. — ² Job, xl, 18. — ³ Esther, vii, 9.

⁴ Ibid. à v. 3. — ⁵ Judith, xiii, 10. — ⁶ Isai. xvi, 6.

⁷ Ibid. xiv, 11. — ⁸ Psalm. lvii, 5.

⁹ Luc. xxiii, 34.

mente en el profundo del infierno, y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo; pero la poderosa Reina los detenía.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso Ladrón ¹: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso*, entendieron los demonios el fruto de la redención en la justificación de los pecadores, y el fin último en la glorificación de los justos, y que desde aquella hora comenzaban á obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo, y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres á gozar la felicidad eterna, y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar á los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima había conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que había ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre, y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana; pero fue tal, que humilló su soberbia á pedir á nuestra reina María santísima que le permitiese bajar al infierno, y los arrojase de su presencia; mas no lo consintió la gran Reina, porque aun no era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre ²: *Mujer, ves ahí á tu hijo*, conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado; y la misma que les había manifestado en el cielo en imagen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaría la cabeza ³, como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal. Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas, y la potestad que contra ellos tenía, como lo estaban experimentando. Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quién sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla; fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina Señora renovaron su indignación aunque sin provecho. Á mas de esto conocieron que san Juan era señalado por Cristo nuestro Salvador como Ángel de guarda de su Madre, con la potestad de sacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignación

¹ Luc. XXIII, 42. — ² Joan. XIX, 26. — ³ Genes. III, 15.

que tenían con la gran Señora, y también lo entendió san Juan. Y no solo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba á todos los sacerdotes por su dignidad y participación de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos (aunque no fuesen sacerdotes) estarían debajo de una especial protección de el Señor, y serían poderosos contra el infierno. Todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el eterno Padre, diciendo ¹: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término; y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido á su humanidad santísima el influjo de la Divinidad, para que con el sumo rigor de la pasión fuese la redención copiosísima, y que sentía, y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer mas, si el eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitación. Esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse á ella con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo ²: *Sed tengo*, adelantó mas el triunfo contra el demonio y sus secuaces; y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó su Majestad mas claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco, y el amor que les tengo, quiero entendais que siempre mi caridad queda sedienta, y anhelando por su eterna salud, y no la han extinguido ³ las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión: muchos mas padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía, y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

1421. En la sexta palabra del Señor ⁴: *Consummatum est*, acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y redención humana, ya concluida con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó como Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obe-

¹ Matth. XXVII, 46. — ² Joan. XIX, 28. — ³ Cant. VIII, 7.

⁴ Joan. XIX, 30.

diencia del Padre eterno; y como habia llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos Padres; y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor habia recompensado su soberbia, y la inobediencia que tuvieron en el cielo, no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como á la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los Ángeles y de los hombres, como el eterno Padre se lo habia cometido ¹; usando de su virtud, y como intimando la sentencia á Lucifer en la misma ejecucion le mandó á él y á todos los demonios, que como condenados al fuego eterno, bajasen luego todos á lo mas profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego á un mismo tiempo pronunció la séptima palabra ²: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo, y mandó tambien á Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Á la fuerza de este imperio de el supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario, y fueron precipitados hasta lo mas ínfimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como vitorioso triunfador, rendido ya el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dió licencia á la muerte para que llegase, inclinando la cabeza ³, venciendo tambien á la misma muerte con este consentimiento, en que tambien se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razon de esto es, porque la muerte no pudiera herir á los hombres, ni tener jurisdiccion sobre ellos, si no es por el primer pecado, á quien se le intimó este castigo; y por eso dijo el Apóstol que las armas ó estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano ⁴; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado que no pudo cometer, por esto cuando la muerte le quitó la vida, sin tener derecho contra su Majestad, perdió el que tenia contra los demás hijos de Adán ⁵, para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiesen ofenderlos como antes, si los mismos hombres, valiéndose de la vitoria de Cristo, no se les volviesen á sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara, y no hubiéramos pecado todos en él, no hu-

¹ Joan. v, 22. — ² Luc. xxiii, 46. — ³ Joan. xix, 30. — ⁴ Rom. v, 12.

⁵ I Cor. xv, 55.

biera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito á la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio ¹, y sujetos á su tirano y inicuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor; y muriendo sin culpa, y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte solo fuese corporal, y no de la alma; que nos quitase la vida corporal, y no la eterna; la natural, y no la espiritual; antes bien fuese puerta para pasar á la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo tambien que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. Desta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte ², y la suya fue el bocado con que la engañó ³, y con su muerte santísima la quitó las fuerzas y la vida, y la dejó vencida y muerta.

1423. Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oracion; de que solo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio. Y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haria; y cuando mas indignado se acordaria de su misericordia ⁴; que la gloria de esta maravilla llenaria los cielos, y su alabanza á la tierra; su resplandor seria como la luz; y en sus manos tendria los cuernos, que son los brazos de la cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iria delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus piés saldria el demonio y mediria la tierra. Todo se ejecutó á la letra; porque Lucifer salió como hollado, y quebrantada su cabeza de los piés de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasion y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra (que es lo ínfimo del infierno y lo mas léjos de la superficie), por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin, y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es, que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador atados, quebrantados y debilita-

¹ I Joan. iii, 8. — ² I Cor. xv, 54. — ³ Osee, xiii, 14.

⁴ Habac. iii, 2, 3, 4, 5.